ELSIE ALVARADO DE RICORD

SIEMPRE EL AMOR

POESÍA COMPLETA

Panamá

Elsie Alvarado de Ricord

Nació en David, provincia de Chiriquí, Panamá. Es licenciada en Filosofía y Letras y profesora de Español, graduada con el primer puesto en la Facultad de Humanidades y en toda la Universidad; doctora en Filología Románica por la Universidad de Madrid; especialista en Lingüística, Montevideo; Investigadora Lingüística, Madrid. Catedrática de Teoría Literaria y Fonética española en la Universidad de Panamá.

Es la Actual Directora de la Academia Panameña de la Lengua; Miembro Correspondiente de la Real Academia Española; de la Academia Nacional de Letras del Uruguay y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Es presidenta del Círculo Lingüístico de Panamá (CILPAN).

Ha publicado estudios lingüísticos y literarios en periódicos, revistas nacionales y especializadas y libros especializados en el extranjero. Ha dictado innumerables conferencias y seminarios en diversas instituciones nacionales y extranjeras.

Ha obtenido el premio nacional Ricardo Miró en las secciones de Poesía y Ensayo, y el Premio de Poesía de la Revista Lotería; obtuvo el Primer Premio en Tesis Doctorales Hispanoamericanas en España en 1963. Obtuvo el Premio Atenea (Letras) del Club de Mujeres Profesionales y de Negocios (1996). Obtuvo el Premio Universidad en la Sección de Arte y Literatura (1996).

ELSIE ALVARADO DE RICORD

SIEMPRE EL AMOR

POESÍA COMPLETA

Panamá

ES PROPIEDAD
© Elsie Alvarado de Ricord
Apartado 9175, Panamá 6, Rep. de Panamá
Derechos Reservados conforme a la Ley
Impreso en Panamá, 2002.

Fotografía de la portada, por ***Nicolás Psomas***

Fotografía de la solapa, por el ***Dr. Octavio Arosemena A.***

Dedicatoria

A Humberto,
a Élide e Iván,
a Elsita y Ramón

INDICE

Página

Dedicatoria 5

HOLOCAUSTO DE ROSA

Solapas izquierda y derecha de Holocausto de rosa 17
Paráfrasis por Rogelio Sinán 19

El encuentro

I.- Víspera del amor 35
II.- Por el imán de la pupila 36
III- Entre los muros blancos 39
IV- La sombra ha sepultado el universo 42
V- Amigo, si mi alma nació 43

La muerte del azul

VI- He vuelto a aquella tarde 47
VII- Descolguemos, entonces, esa estrella 51

Holocausto

VIII- Rasga la tarde su epidermis de oro 55
IX- ¡La juventud palpita! 57
X- Siete azucenas mueren 59

Plenitud

XI- Hoy asisto a tu amor 63
XII- Cuando brilla febril la luna llena 65
XIII- Igual que un arpa eólica 66
XIV- Cuando me olvido de vivir 67
XV- Te amo, amigo, sin límite 68
XVI- Bajo los árboles musicales 70
XVII- Escalemos la cumbre de este sueño 72
XVIII- Desde la cumbre de mi corazón 74
XIX- Cuando el invierno extiende 76

La voz definitiva

XX- Cuando un soplo intrahumano 81

ENTRE MATERIA Y SUEÑO

La Hora desbordada

Alba interior 89
Más que la vida 91
La hora desbordada 92
Humani sumus 93
La dulce evidencia 94
Llama de luz y sangre 95
El silencio doloroso 97

Elegías sin lágrimas

La voz ausente 101
Carta 104
No es de humo la vida 106
Nocturno 108
Sin olvido 110
El recuerdo encendido 112

Claroscuro de la Voz Materna (A Élide Ricord, mi hija)

Destino filial 117
En el advenimiento de la hija 118
Voz de la madre desvelada 121
Al arribo del alba 124

POEMAS DISPERSOS

Sendas al alma 129
Sueño invernal 130
Llamada a Rubén Darío 133
A mi madre 134
Padre ABC 135
Olga 138
Palabras a mi madre 139
Lejana infancia 141
A la madre de un mártir 143
A los héroes panameños 146

PASAJEROS EN TRÁNSITO

Prólogo por Ester María Osses 153

Amor ausente 157

Estación de llegada

Casi presencia 161
Viajeros somos 163
Por tu cálida mano... 164
Amor a la deriva 165
Estación de llegada 166
Vendrás 167
He surcado las líneas 168
Sin detenerse nunca 169
Cosmonauta del sueño 170
Gravemente el amor 171
Entre dos adioses 173
Aquí y allá 174
Sólo un cambio de luz 175

Cuando tu boca dijo adiós

Cuando tu boca dijo adiós 179

Pasajeros en tránsito

Pasajeros en tránsito 183
Una carta 194

Como manda la ley

Como manda la ley 201
Compás del soldado anónimo 205
Todos subimos al avión 206

Esta lluvia...

Esta lluvia tenaz 211
Aquel recuerdo 215
La sed dispersa 216
Contigo o en ausencia 218
Desde la soledad 220

ES REAL Y ES DE ESTE MUNDO

Este miedo... 223
Toma mi amor 224
Viajemos 226
Ni una huella 227
Eres la vida 228
Tu ausencia 229
Te amo integral 230
Contra el tic-tac 231

La calle está vedada 232
La palabra 234
Tu voz 236
Lo llamo amor 239
Tú 241
Cuando tu voz me invade 243
Caminemos 244
Directamente en ti 245
Razón vital 246
Diálogo 247
Espérame 248
Esta tarde contigo... 250
Tus besos 254
Vida mía y más vida 255
Programa de tiempo completo 257
Profesión de fe humana 259
Entrega postal 262
Reclamo en ausencia 263
Tú y yo, S.A 265
Brindis 267
Amor y admiración 268
Amándote, viviéndote 269

SIEMPRE EL AMOR

Siempre el amor 277
Voto de amor 278
Ella 279
La rosa, siempre 281

Flores de espuma sobre un mar de fondo

Curriculum vitae 287
De edades y de sueños 290

Homenajes

Lunerías 295
Solarteana 297
Todos los hombres son mortales 298
Tú concientizas, ella concientiza, nosotras concientizamos 299
La inocencia 300
Variaciones sobre un tema 301

Inventario

Inventario 305

HOLOCAUSTO DE ROSA

(Precedido de una paráfrasis por Rogelio Sinán)

Editorial HUMANISMO
México, 1953

Elsie Alvarado de Ricord marca un hito en la poética femenina de Indoamérica. Insurge con una voz madura de sorprendentes matices. Con *HOLOCAUSTO DE ROSA* salta al primer plano de las realizaciones líricas. Por sus singulares calidades este su primer libro mereció un premio del concurso Ricardo Miró 1952, de Panamá, su patria. Así, la República Istmeña, pródiga en valores literarios, ofrece con la poesía de Elsie Alvarado una bella e intensa culminación de su poética femenina, que tiene altas expresiones en Rosa Elvira Álvarez, Ester Maria Osses y Stella Sierra.

Ha dicho de este libro el escritor y maestro Carlos Manuel Gasteazoro:

"El amor concebido por **Elsie Alvarado de Ricord**, más que un motivo central de su lírica es la base de su poesía en el esfuerzo por trascenderse a sí misma, por adentrarse en el problema del tiempo y del hombre. En términos más simples: El tema del amor no se desarrolla como sentimiento, sino como problema frente al tiempo y frente al hombre. Me parece ver con toda claridad esta problemática en los 6 primeros versos del poema XX.

"Cuando un soplo intrahumano generó mi existencia
tuviste un nuevo templo, Adán, sobre la tierra.
Con el nombre de Amor te veneran los siglos.
Porque la luz implica la sombra, yo no temo
tu destino de barro:
tu impulso es la suprema negación de la muerte".

"Los problemas planteados por la mujer frente al tiempo y al hombre, no se agotan con esto. Campean a lo largo de todo el libro, se perfilan tenuemente en la primera parte de El Encuentro, para concluir en La voz definitiva. La inquietud, las dudas y las preocupaciones de orden filosófico (si así pudiésemos llamarlas) no surgen bruscamente, sino que se nos van apareciendo poco a poco en viaje escalonado a través de la obra poética. Podríamos decir que la poesía va en busca de sus fines, que tiene un hambre de eternidad".

Y el distinguido escritor Rogelio Sinán, que con una bella paráfrasis hace elegante pórtico a esta primera edición que presenta HUMANISMO, nos dice: "La lectura de *HOLOCAUSTO DE ROSA* nos da la sensación de haber entrado en un nuevo jardín del paraíso, pecando de indiscretos, pues hemos sorprendido a la amorosa pareja en sus mejores arrullos. *

* *Tomado de las solapas de* ***Holocausto de rosa***

Paráfrasis

por Rogelio Sinán

La lectura de *Holocausto de rosa* nos da la sensación de haber entrado en un nuevo jardín del paraíso, pecando de indiscretos, pues hemos sorprendido a la amorosa pareja en sus mejores arrullos.

Andando de puntillas para no distraer a los amantes, nos aproximaremos a su mundo cordial y aspiraremos como de flor en flor la pura esencia de este nuevo Cantar de los Cantares, recreándonos en este poema o en aquel según lo dicten la emoción y el lirismo de Elsie Alvarado de Ricord.

I

Renace el mito de Eros, y la primera cita de amor es un preludio de alegrías inefables. Las vísperas del goce le infunden a la amada tal delirio de vida, que aspira a florecer como las plantas, y presiente la savia que la hará transformarse en Santo Graal, áureo cáliz en el que el ser amado prodigará la gracia de sus vinos.

Todo en el nuevo Edén entona el coro del supremo génesis.

El anhelo se vuelve cuerda tensa y echa a un lado la danza de las horas para llegar cuanto antes a la definitiva rendición esperada.

He aquí el divino brindis que anticipa los sueños y deja la embriaguez que se ocultaba en la antigua cratera de los dioses.

II

Se deshojan las tardes de la rosa infinita y una gran llamarada penetra la palabra que no encuentra sus sílabas.

Crisálida de luz, la adolescencia puede ser Ipsipila sin dejar de ser nube, sabia Nefele que, recordando el mito, sabe extraer su esencia y su existencia del éter.

La magia del delirio tiene la fuerza del milagro.

Todo es un espejismo: Las monedas de Dánae brillan como luceros y los oros de Creso forjan el templo de la tarde.

La simiente ha caído y ha encontrado su surco. Perséfone se oculta bajo su manto gris de soledades telúricas.

Mirad al sembrador, hunde su mano en las entrañas de Gea. Logrado el génesis, saldrá de ellas la vida rutilante y sencilla como la tierna Sita que cantara Valmiki en sus divinas slokas.

Nueva divina Psiquis, ella alumbra su lámpara. Quiere profundizar en los misterios eróticos; y, encendida de amor, vuelve con Eva al Paraíso bajo el efluvio de la luna nueva. Recuerda a Eros desnudo, inútilmente sumergido en las sombras, y piensa que a su dios, desde la infancia, lo presentía en los trinos, en la brisa, en las aguas. A través de los siglos bogaban ella y él –estrella y sangre- con rumbo a su destino: fatal palingenesia que debe sumergirla en la presencia de Adán.

III

Mientras un suave otoño cubre el mundo de rosas, el éxtasis de amor tiene un remanso de libros, risas, sueños.

La indiscreción del alba borra la intimidad y un revuelo de besos se refugia en los labios.

Surgiendo de las sombras, Eros sonríe, desnudo, ante el rubor de las nubes. Psiquis se mira en sus pupilas.

El paisaje amanece con todas sus fragancias, y el alma de la amada se echa a vagar descalza bajo los verdes trinos del follaje.

Entre las claras páginas del día los dos amantes buscan la ciencia de la vida; sin embargo, este libro nunca hará de Galeoto ni ha de morirse el goce como en el quinto canto de Dante.

El vegetal remanso distrae el ocio amoroso entre azucenas y sonrisas de niños. Ese instante seguirá perfumando sus recuerdos.

IV

Sumergidos de nuevo entre las sombras, ya sólo se presienten y se hunden en la nada los silencios tiernos y propicios.

Ahora él debe intuirla, recrearla en pensamiento con su música propia, con su voz, con su anhelo.

Siéntese ella morir con las estrellas que la aurora diluye; mejor prefiere hundirse, eternizándose en él como el aroma que aspira con la brisa.

Pero el goce mayor será el delirio de recibir su savia. Será como sentir que se diluye en el Espacio y el Tiempo.

V

Acaso existe en ella un vago anhelo de fundirse con la naturaleza. Él seguirá escuchándola en el agua, en el trino; la palpará en el humo, en la espuma, en la niebla; presentirá su voz en el rocío mañanero o en la estrella del alba; su ternura, la hallará entre las rosas; en risueña presencia, lo mirará dormir; y hundirá sus raíces a orillas de su sueño.

VI

En el cristal del tiempo halla de nuevo la imagen del amado y aspira su recuerdo (¿sueño de luz?) como en un gran espejo donde se vierte el templo de la tarde.

Él es, en su conciencia, la irradiación de la verdad suprema, única, inaprensible: oleaje cálido, torrente de caricias y fragancias marinas.

No hay nada que los una ni al Espacio ni al Tiempo, ya que el suave milagro de su presencia abre para ella los caminos del goce.

La alegra, al renacer de la mañana, el coro egregio de la Naturaleza. El río pinta a los pájaros con melodías azules; la brisa se entretiene borrando las palabras que Ella escribió en la arena; y el mar reniega entonces ser espejo del cielo.

Cuando todo eso ocurre, Ella pregunta si el amor y el tiempo son la unidad eterna de la vida.

VII

Como en el tema de Tristán e Isolda, sólo la noche es buena confidente. Sin embargo, para Ella hasta la noche resulta algo indiscreta. Y así como la niña enamorada que en el poema de Tagore quiere apagar la joya de su pecho porque su luz la llena de vergüenza, Ella resuelve descolgar las estrellas conservándolas en urnas de cristal que no den paso a la luz.

Es tan intenso el fuego del amor, que en sus voraces llamas arderán, en sublime holocausto de ventura, los mejores recuerdos y las más dulces esperanzas.

XI

En una tregua forjada de sonrisas, los amantes miran un panorama que prenuncia la lluvia.

Es un paisaje triste ensombrecido por la noche lluviosa; ¡pero es tan suave el eco de las evocaciones en la memoria!

Ella presiente que en noches como aquélla recordaría al Amado aun sin haberlo visto jamás.

La lluvia va cayendo y embellece el paisaje. La suave espiritualidad que parece emanar de todo aquello dulcifica la intensidad fogosa de la materia. Por un instante los amantes vivirán más allá del Bien y el Mal.

Ahora la Amada quisiera ser apenas un tenue palpitar, brote de planta o diminuta semilla en esperanza de fruto.

XII

Brilla la luna. Gime el mar. El viento acaricia la noche. Un titilar sencillo de cocuyos ilumina el paisaje.

Los amantes se besan con pasión.

XIII

Ahora es la ingenua melancolía del paisaje la que acaso suspira como un arpa eólica.

El Amante se duerme y ella lo ve alejarse dentro del sueño.

Le parece perderlo; lo busca con pasión, desesperada, entre las nieblas de ese mundo ilusorio.

Al fin comprende que el único recurso para hallarlo es sumergirse también entre las sombras de su bosque interior.

XIV

Amanece. El paisaje renace relumbrante. Ya el Sol ha proclamado su potencia sobre la Aurora virgen.

Un viento ágil y fuerte remece los ramajes.

Por aquí y por allá vuelan los pájaros picoteando el rocío de la mañana.

Entre los árboles, corre cantando el río: lleva el mensaje que envía la Tierra al Mar.

La Amada piensa: "Se vive en la medida en que se ama".

XV

Exaltada de amor, Ella declara su pasión sin ambages. Sí, lo ama con todas las potencias de su espíritu que, inacabadamente, lo buscan en su sangre. Lo ama con el cerebro; lo desea tiernamente con todos sus sentidos; y cuando no lo encuentra, le queda la palabra para llamarlo a gritos.

Bien sabe que en el ser del Amado se nutren la Belleza, la Verdad y el Amor.

Por Él, en su homenaje, se desmayan los lirios, canta el mar sus canciones y hasta la noche esplende.

Todo lo que es impulso le rinde vasallaje: los pájaros con trinos, la aurora con sus rosas y el río con la cadencia de sus aguas azules.

Por Él su corazón danza entre flores.

Lo ama no solamente con todo el mundo de sus sueños y aún más: con lo que integra su total existencia.

XVI

Es un momento vegetal del amor. Los amantes se tienden sobre el césped bajo árboles sonoros de verdor y de trinos. Le acaricia el Amado los cabellos, tan rubios, que a veces se confunden con los delgados tallos dorados por el Sol.

Habla Él, y Ella siente su voz lejana y triste como de selva adentro. Por las frases que capta, sabe Ella que el Amado llama cielo al azul; y a la embriaguez de los sentidos, Amor.

Allí, lejos del Tiempo y en el suave regazo de la Naturaleza, repasa una tras otra las notas de su idilio. Recuerda los instantes en que quiso ser planta para beber la savia que Él le brindaba pródigo. Tan fuerte es el deseo, que aspira fuerte para absorber su esencia. Y aun le dice, frutal: Te estoy amando con humildad silvestre como lo hacen las flores.

XVII

EL tema del amor surge de nuevo como elemento del paisaje.

La tarde, temerosa, se aleja sobre el río, mientras la noche ya espera agazapada para tender el salto.

Es la caída de un sol policromado.

También a los amantes les llegará su ocaso como un helado atardecer.

Tiene ella la esperanza de que al llegar esa hora las copas del amor estarán llenas y habrá un desbordamiento de inefables recuerdos.

XVIII

Desde el mundo interior de sus conflictos mira el cielo invernal.

La lluvia empaña las sienes de la tarde. Es una mustia belleza que puede deshojarse entre sus dedos como esas hojas secas que se conservan en un álbum de recuerdos.

Desde su corazón corren los ríos. Y ella ofrece al Amado aquella música como ofrenda de su alma.

Es inútil que el sabio y el artista busquen lo original en sus creaciones.

Renovarse es tan sólo privilegio del pensamiento, los árboles, la aurora.

"La vida entre sus túnicas doradas o sombrías
es una telaraña sobre el muro del tiempo".

La vaporosa niebla del paisaje lluvioso la hace sentirse lejos del Amado. Inútilmente busca Ella las palabras que lleguen a su oído.

Lloran las horas ciegas su amargura de siglos; pero sobre ese mundo de humedad, ella eleva su canto en el que exalta su amor de fuego y piedra.

Es un amor de grito frenético en la serena paz de la tarde.

Su corazón, que surge de la niebla, será un buen asidero para salvarse del ambiente de lluvia que la envuelve. Subida en él como cimera roca se embriagará en el suave delirio de su amor que es la única realidad del sueño.

XIX

La fuerza del invierno pone cortinas de agua en la ventana desde la que Ella mira el paisaje; pero el recuerdo de Él la hace vivir e incita sus ansias juveniles. Sólo en los ojos de Él podría librarse de su húmeda tristeza y de los signos que simbolizan la ausencia del amor.

Presiente que el Amado ha penetrado tanto en su corazón, que ni la muerte desandará la ruta de sus sueños.

Tal es el desbordarse de su pasión, que ya no cabe en la pequeña alcoba.

Ahora comprende que Eros estaba ya en la primigenia conciencia de los seres antes del alma-tiempo "como causa y principio del mundo".

De todos sus sentidos brotan enloquecidas las fuentes de su amor. Ya ni puede frenar las palabras, puesto que todo en Ella tiende a lanzarse en busca del Amado.

La inquietud de perderlo y el impulso que la quiere lanzar, loca, tras Él, la hacen temer el sino de lo circunstancial. Sus pupilas se nublan por el llanto. Y el cruel presentimiento echa en sus labios una palabra: ¡sangre!

¡Cómo piensa en la muerte de sus más caras ilusiones!

La angustia de su ausencia entre la lluvia la hace pensar en los destinos finales y en lo perecedero de la Vida. ¿Para qué los castillos, para qué el afanarse, si todo es vanidad como en el verso del Eclesiastés?

Lo único que la salva de su desesperada tristeza es la sabia razón meditativa. Reconoce que a cada paso del humano existir se abre un abismo y piensa que nuestra vida son los ríos de Manrique; ella sabe del devenir eterno. Los afluentes del lírico se unen a otro gran río que es la existencia en su fluir infinito.

Le queda al hombre el don de eternizarse por la continuidad: ya sea por la materia que brota de sí mismo como fuente de vida o por la fuerza del espíritu.

Y así, "sólo el impulso vital de nuestra savia" nos dejará triunfar.

Ni meditando deja de imaginar peligros para el Amado. Siente la ausencia de Él por todas partes como cosa tangible y hasta piensa que la pequeña alcoba va llenándose de ella. La fatídica ausencia fluye líquida de todos los rincones. No quisiera inundarse en esa cosa que ella presiente fría, viscosa y húmeda. Para salvarse tiende hacia el calor del Amado su puente de recuerdos. Que es puente imaginario, Ella lo sabe; pero así lo prefiere. Más allá de la lluvia chocaría con la Vida, que en la ciudad la asombra con su gesto granítico.

XX

Desde su nacimiento Ella fue un templo dedicado tan sólo a un dios: Adán. Y así su corazón era un santuario dedicado al Amor. Eros es el principio, la fuente de la vida. Lo veneran los siglos.

Y así como la luz no existiría sin la sombra, no teme al "memento homo", pues sabe que el impulso vital es la suprema negación de la muerte.

Siente Ella que el Amado ya invade sus arterias con embriaguez de mar, porque es un dios de espumas que la plasma como a nueva e inmortal Afrodita.

Quisiera hacerse flébil en sus dedos como el agua que fluye, y ansía volverse estrella entre sus sueños.

Mejor es ser la cuerda que Él vibrara para sus soledades y ser eterna música en ofrenda de amor.

Holocausto de rosa será siempre; pero no espectro mustio sino efluvio con presencia vital.

Pero ¿a qué imaginarse la muerte de la Vida?

He aquí al jovial Amado que vuelve entre sonrisas. ¡Qué torrentes vitales circulan por su sangre sólo al contacto de su boca! Y hará del beso aquel un nuevo cáliz para la eternidad.

Ese aliento vital que infunde en Él la pasión es el mismo que incendió al otro Adán como una antorcha cuando en el Paraíso vio las rosadas "pulpas agridulces" de la Eva eterna. Sintió que lo llamaban tan voluptuosamente que se dejó envolver en los anillos de la serpiente legendaria.

Sumergido en la sima de su lujuria no le quedaba a Adán otro recurso que usar su voluntad y alzar su espíritu. Su vida fue trabajo y dolor, pero su esfuerzo fructificó por fin en realidades mejores que el Edén. Supo el genio del Hombre liberarse del sueño milenario, y a través de los siglos reventó las cadenas y echó abajo los muros esclavizantes.

Lanzado a la conquista, descubrió nuevas tierras y se volvió ambicioso. Luego, las mismas manos con las que acariciaba a la mujer y al hijo; las manos que, logrando descifrar los enigmas, levantaron murallas, edificios, ciudades; las que al fin dominaron las imperiosas fuerzas de la Naturaleza; las que crearon la industria, las que crearon el Arte y cimentaron la evolución del Mundo; con esas mismas manos creó las armas y, desatando la muerte, destruyó para siempre su afán de eternidad.

Pero ¿a qué tanta angustia cuando el amor espera?

Como una nueva esfinge, triunfa en todo el Amor, puro, ancestral. Su eternidad se nutre de fulgor y deseo. La única realidad, la más antigua, la que ha vivido desde el antiguo génesis es el Eros eterno.

Sobre la estirpe humana sólo impera la voluntad de Adán, que es siempre impulso de vida y de creación.

México, julio de 1953

Rogelio Sinán

El encuentro

"Ya no sé recordar cuándo comienzas:
estabas antes del amor, venías
con todas las esencias del destino..."

Pablo Neruda

Víspera del amor

I

Víspera del amor es mi alegría.
Hoy puedo florecer en mil corolas,
¡ser cáliz de dulzura para el mundo!
El esplendor divino del instante
preludia nuestro encuentro.

Todo es un ansia de llegar de pronto
al nivel esperado:
la luz que gira, el trino, la palabra,
los minutos corriendo hacia el mañana,
y la emoción tendida como un arco
hacia la redención definitiva.

Cráter del corazón, en este brindis
por la más dulce de las ilusiones,
¡prodíganos la gracia de tus vinos,
para emprender el sueño de la vida!

Por el imán de la pupila

II

Por el imán de la pupila en éxtasis
la vida me penetra, con actitud de llama:
horizonte de rosas en fuga hacia el futuro,
ella prolongará las tardes deshojadas.

Lisonjera ilusión, senda maravillosa
en que la adolescencia desplegará las alas:
quiero seguir el ritmo de la nube viajera,
siempre en pos del azul adelgazando el alma.

Con un solo suspiro mi regocijo puede
eternizar la magia de la hora;
multiplicar los oros del crepúsculo,
encender para siempre los celajes.
Con sólo una semilla de amor, mi soledad...

¿Quién envía la tarde hasta mis brazos?
Flamígeras corolas pregonan su belleza
en el esplendoroso panorama.
Descubro allí tu mano, generosa, potente,
delatando regiones ignoradas.

Tú, que eres el amor, que habitas el aroma,
y la luz te revela como un prisma encantado,
substrato inasequible, de plenitud avaro,
sólo por un instante desciendes a mis ojos.

El rumor de la noche pluraliza tu acento.
Pero envuelta en tu ausencia soy figura vacía.
¡Enciéndete de nuevo, Adán! mis alas tiemblan...
La incertidumbre de la luna nueva
-paréntesis abierto al infinito-
sugiere a mi esperanza la visión de un recuerdo.
El brillo sideral, de resplandor celeste,
no es siquiera un destello de tu fulgor perpetuo.

Tú, que evades mi sombra,
¿no adivinas acaso que morabas mi sueño,
que endulzaste mi infancia desde el trino de un pájaro,
que en la brisa de marzo besaste mis cabellos,
y que yo te sentía, como un temblor ingenuo,
y te aspiré en las flores,
y en las aguas tranquilas
te presentí como un milagroso reflejo...

Donde tu voz vibraba latía mi ansiedad.
¿Cuántos siglos bogaron sobre nuestros anhelos?
La búsqueda ancestral de la sangre y la estrella
hoy impulsó tu sed hacia mi encuentro.

Amor, ¡te he rescatado del tiempo y del espacio!
¡Ebria de ti, sumerjo mi ser en tu presencia!

Entre los muros blancos

III

Entre los muros blancos que enmarcan nuestro
[mundo
pletórico de risas, de libros y de sueños,
contrastando la unánime albura de las cosas
el amor riega rosas en todo el panorama.

El rubor de las nubes a los besos solares,
la irradiación de nuestros corazones,
los labios que atesoran el beso nunca dado,
todo es un luminoso florecer de alegría
entre los muros blancos.

Has llegado a mis ojos, Amor, y me sonríes,
y arde mi adolescencia cautiva en tu pupila.

El aire tropical serpentea el paisaje,
y transparenta un brillo lujurioso
que incita a respirar el alma de las rosas...

Los senderos del sol se cierran en la noche
y la ilusión dispersa las estrellas del sueño...

Cada mañana la naturaleza
asoma roja y verde a la ventana
y la brisa pregona la fiesta de los pájaros.
Dorada plenitud: mi alma descalza
asiste al espectáculo del alba.

Voces amigas cantan la presencia del día.
Cual si no se tratara de páginas de libros,
las miradas convergen en la fría blancura
donde se guarda impresa la ciencia de la vida.

Las niñas visten su pudor de blanco,
y en el jardín prefieren la azucena
-imagen vegetal de la inocencia
cuya razón de ser es el perfume-.

Mi amado gusta ver las azucenas
adornar mis cabellos,
por una dulce asociación con las flores nupciales.

De espumas, o de pétalos, o de nubes, un día
tendré una veste blanca, del color de mis sueños.
Pura como esas flores, como estos muros altos
confidentes de nuestras ilusiones.

Cuando estemos muy lejos
-tal vez en la nostalgia-
de este vergel en que el amor eterno
colmó nuestra esperanza definitivamente,
por siempre seguirán perfumando el recuerdo
una rosa de luz y una azucena casta.

La sombra ha sepultado el universo

IV

La sombra ha sepultado el universo.
Solos tú y yo, sin forma, en el amor.
La nada y el silencio nos circundan:
la negación total, frente a los dos.

Intúyeme en mí misma, en la esencia, en el
[principio puro.
A la orilla de mi alma escucharás la música
de tus propios reflejos,
la sombra de tu voz,
el continuo fluir de tus anhelos.

Muero con las estrellas
cada mañana, cuando nace el mundo.

Eternízame en ti, tómame, aspírame,
infúndeme tu savia, tu potencia,
ante el empuje arrasador del tiempo.

Amigo, si mi alma nació

V

Amigo, si mi alma nació para tu oído,
escúchala en el agua, y en el trino.

Para que tú la palpes, mi mano recupera
la suavidad del humo, de la espuma y la niebla.

Si mi palabra brilla para que tú la leas,
temblará en el rocío, persistirá en la estrella.

Si la ternura mía brotó para tus labios,
la hallarás en el cáliz de las rosas de mayo.

Si he de vivir, amigo, para velar tu sueño,
echaré mis raíces a orillas de tu lecho.

La muerte del azul

"Porque nada persevera, amor, nada
se erige para siempre, nada mantiene
su fingida eternidad tan solo
sobre el ansia, el sueño o la esperanza".

Roberto Girón Lemus

He vuelto a aquella tarde

VI

He vuelto a aquella tarde que alumbró nuestro
[encuentro
como quien va a un espejo
en busca de una imagen,
o como quien se acerca a una carta lejana
a aspirar un recuerdo.

¡Oh mi tesoro hallado
en el mágico templo vespertino
cuando el sol, de rodillas,
con los brazos abiertos te invocaba!
No hubo concepto ni hubo melodía
fiel a tu plenitud:
eras la irradiación de la verdad suprema,
única, inaprensible;

te sentí en la conciencia como un oleaje cálido
desbordando en mi cuerpo su caricia,
y me inundó tu música
de gravedad marina,
lanzada al infinito
sobre el ala ligera de un suspiro.

Apenas superaste
los vínculos del tiempo y del espacio,
cuando todos los reinos abrieron sus caminos.
En ti el milagro tuvo contornos absolutos,
y supersaturado por la dicha en creciente,
dispersaste a un impulso de la pasión, la gloria
de tus palabras suaves, majestuosas, viriles.

Conjuradas por un íntimo anhelo,
confluyeron entonces todas las maravillas
con que la adolescencia se muestra generosa;
y la ilusión, bañada en su propios reflejos,
se desciñó su veste racional,

y liberta
regó incienso en el templo dorado de la tarde.

¡Oh memoria de amor, oh perfección violada
por el azar en tránsito a la sombra!
¿Dónde el primer vacío desintegró tu plenitud
[triunfante?

¿Qué rayo en fuga luminosa pudo
romper la luz unánime con que me preservaste
de la sombra acechante del olvido?

Algo ausente en la música
deriva el alma hacia otras latitudes,
y una nostalgia pesa sobre las horas vanas
como un presagio frío.

Falta un soporte de agua,
de tiniebla talvez, acaso de humo,
para erigir el himno

con que el amor encienda
su bandera de luz hacia el futuro.

Cuando cada mañana la aurora me insinúa
un renacer continuo,
cuando el río transcurre con su azul y su música
improvisada al vuelo del pájaro o la nube,
cuando el viento marino va borrando las huellas
que en la arena dejara el pie desnudo,
y cuando el mar se niega, obstinado y rebelde,
a reflejar el cielo,
yo pregunto a mi alma
si es que el amor y el tiempo,
como el día y la noche,
forman la indisoluble unidad de la vida.

Y si acaso el amor es un fluir constante,
¿qué arteria milagrosa nos mantiene en su cauce,
muertas las ilusiones al paso de la sangre?

Descolguemos, entonces, esa estrella

VII

Descolguemos, entonces, esa estrella.
Ya nuestro cielo en llamas no precisa su luz.
Una urna de cristal
guardará su pureza;
y como aquella dulce princesita de nieve
encantada en la infancia,
tendrá siete guardianes que custodien su sueño.

¡Una lágrima sola, alma mía, por este
adiós sin esperanza: hoy ha muerto el azul!

Holocausto

"L'amour qui ne ravage pas n'est pas l'amour".

Omar Khayyam

Rasga la tarde su epidermis de oro

VIII

Rasga la tarde su epidermis de oro
y sangra el seno sobre el horizonte.

El manantial de la belleza inunda
de encendida pasión el panorama.

En esta cita de esplendores, sierpe
de todos los anhelos que se buscan,

el sol es una fruta tentadora
entre la copa diáfana del cielo,

que sueña, voluptuoso y solitario,
sobre el rosado lecho del crepúsculo.

¡Ámame en el delirio, dilatada
por un ansia de amor incontenible,
plena de juventud y de esperanza,
libre como la luz, desnuda y pura!

¡El fuego, solo el fuego de la vida
basta para suplir un paraíso!

¡La juventud palpita!

IX

¡La juventud palpita
con la violencia de un volcán ardido!
¡La voz en llamas amenaza al cielo!
Avasallado
por ráfagas de histeria
se desprende el azul del firmamento.
Sin cáliz las estrellas,
danzan en remolino los pétalos libertos.

Bajo el imperio de la sangre, el ansia
rebasa las celdillas de las horas,
supera el espejismo que nutre la inocencia,
cruza los horizontes de la idea.

Es el reino del hombre con la mano elevada
sobre su colección de números y formas
en la entrega sin límites al frenesí del tacto.

Amor, desde la arteria fuente de todo impulso,
proclama tu dominio
sobre el azul que llueve su monótono ritmo.

Es la hora del beso,
diminuta ventana de pasión donde asoma
la materia al supremo deleite del espíritu.
Sangre y fuego resuelven en un rojo sin término
el ser y la ceniza: la realidad del hombre.

Con la violencia de un volcán ardido
la juventud palpita,
y desde el trono del amor predica
el triunfo inexorable del deseo.

Siete azucenas mueren

X

Siete azucenas mueren en el jardín umbrío
y se encienden, radiantes, siete rosas.

En un sublime rapto de locura
la vida ha roto la opresión del tiempo.

Agonía de todos los seres y las cosas
animados de pronto por un extraño ritmo.

¡Que reinen las corolas, el fuego, las pasiones!
¡Mientras la sangre aliente, desplacemos el alma!

Si este anhelo ha de ser el fuego de un instante,
la llama inexorable, devastadora, impía,

¡ardan en holocausto de esta ventura, todos
los recuerdos amados, todas las esperanzas!

Han muerto en el jardín siete azucenas
y siete rosas abren sus pétalos de sangre.

Plenitud

"Estar enamorado...
es sospechar que, para siempre, la soledad
[de nuestra sombra está vencida".

Francisco Luis Bernárdez

Hoy asisto a tu amor

XI

Hoy asisto a tu amor con la misma sonrisa,
con la misma mirada, con las mismas palabras.
Nubes grises empañan los paisajes urbanos
y el recuerdo nos canta su canción cotidiana.
¿Navegamos, acaso, el cauce del presente,
o congeló el pasado nuestras supremas ansias?

Esta noche propicia dulces evocaciones,
y un eco en la memoria prolonga tu presencia
a un principio remoto, donde apenas si eras
imagen imprecisa de vagas ilusiones.
Hoy te recordaría, aunque jamás hubiera
penetrado tus ojos, tu voz, tus esperanzas.

Igual que un arpa eólica

XIII

Igual que un arpa eólica, el follaje
suspira al viento su melancolía.
En mi vigilia advierto la armonía
que preside el idilio del paisaje.

A mi lado tu amor emprende un viaje
en la barca del sueño al nuevo día;
y es como si de pronto el alma mía
quedara aislada en su peregrinaje.

Sólo entonces te pierdo, y mi conciencia,
aspirando en el aire tu presencia,
nutrida en tu calor se entrega al sueño.

Cada noche es un puente entre dos vidas:
hoy y mañana, por amor rendidas
a la realización del mismo empeño.

Cuando me olvido de vivir

XIV

Cuando me olvido de vivir, me llama
a la ansiedad de nuevo tu presencia.
Y tras la noche que dejó tu ausencia
amanece de amor el panorama.

Ardiendo el corazón, el sol proclama
sobre la aurora virgen, su potencia.
Ancla el viento en el árbol su apetencia.
Se vive en la medida en que se ama.

El aire pone un beso de rocío
sobre el césped. El ave acerca el ala
e impulsa el ritmo de la flor al fruto.

Y es como un alma de cristal el río:
la voz azul con que la tierra exhala
su amor al mar, en musical tributo.

Te amo, amigo, sin límite

XV

Te amo, amigo, sin límite, sin sombra;
con todas las potencias del espíritu,
infinitamente.

Te amo con la sangre, con todos los sentidos,
con delgadez fluvial en la palabra,
con el cerebro pleno de tu luz sin dobleces.

Te amo con la voz eco de tus anhelos,
con la mano que se hace de seda a tu contacto.
Tu presencia absoluta, principio de mi vida,
evidencia con creces la realidad del mundo.

Eres, amigo mío,
todo lo que hay de positivo, de ilímite, de cierto.
Se nutren en tu ser el amor, la verdad y la belleza.

Por ti la noche cuenta sus ansias siderales,
canta el mar su epopeya milenaria,
se desmaya de amor la blancura de un lirio...

Todo impulso vital te rinde su homenaje:
halaga tu pupila
el río, con su azul
logrado por la dulce armonía de las aguas y el cielo.
La aurora se engalana de rosas encendidas,
y los pájaros trinan para alcanzar tu oído.

Por ti mi corazón comulga con las flores.
Vivo por un anhelo de ti, que se prolonga
en todas direcciones: sol interior, sol pleno,
nacido de tu amor para tu amor sin tiempo.

Te amo, amigo, con todo lo que la vista alcanza,
con todo lo que sueña la mente enamorada,
con todo lo que integra mi total existencia.

Bajo los árboles musicales

XVI

Bajo los árboles musicales
tu mirada tendida sobre el césped envuelve
mi cuerpo dilatado,
y una caricia vegetal sonríe
en el capricho de mi cabellera
rauda como una noche entre tus manos.

Bajo tu voz que de la selva fluye
como una fuente cálida,
advierto la actitud horizontal del hombre
llamando al azul, cielo,
y amor a la embriaguez de los sentidos.

Lejos de los horarios y los números,
en el regazo verde de la naturaleza,
actualizo el recuerdo del azul que perdimos

en el caos urbano;
y siento su presencia, no extinta, renovada,
y la aspiro de nuevo
para tonificar con ansias el espíritu.

Te estoy amando en actitud silvestre,
como las flores aman.

Escalemos la cumbre de este sueño

XVII

Escalemos la cumbre de este sueño.
Cerebro luminoso, la tarde reflexiona
reclinada en el lecho de las aguas.
La noche agazapada en la montaña
descenderá, pausada, hasta nosotros.
Amigo, mientras brote la ilusión en el cáliz,
apuremos su dulce confidencia.

Las rosas nos ofrecen su mensaje
de armonía y belleza,
y en el breve escenario de la vida
las horas danzan frágiles y tersas.

El sol teje canciones policromas
sobre los horizontes encendidos de oro.

Escalemos la cumbre de este anhelo
mientras la gracia diurna nos proteja.

Cuando el pasado llene nuestras copas
y se desborden todos los recuerdos,
cuando atardezca el ansia
al borde del abismo,
cuando la mano temblorosa dicte
las pinceladas grises del paisaje,
un soporte vital sustentará
en su verde esplendor nuestra esperanza.

Desde la cumbre de mi corazón

XVIII

Desde la cumbre de mi corazón miro girar el
[mundo:
la mano del Invierno va tiñendo de plomo los paisajes,
y las líquidas redes de la lluvia envuelven la belleza
[vespertina.

Una belleza mustia, horizontal y lenta,
que puede deshojarse entre las manos
y guardarse en un álbum de recuerdos.

Desde la cumbre de mi corazón se desprenden
[los ríos anhelantes.
Quiero darte la música perfecta,
la música infinita,
la que por tantos siglos hace girar la tierra,
a través de esta música secreta,
diminuta y sencilla que brota de mi alma.

Vanamente se empeñan
la mano del artista y el cerebro del sabio
en la creación original y eterna:
lo mismo que el follaje de los árboles
y la corola frágil de la aurora,
el pensamiento humano tan solo se renueva.

La vida entre sus túnicas doradas o sombrías
es una telaraña sobre el muro del tiempo.
En el anhelo mío de llegar a tu oído
sobre este reino de sombra y de humo,
reclinada en la efímera nube de mi existencia
soy una honda pasión en pos de una palabra.

Las horas ciegas lloran su dolor a los siglos.
Yo canto por mi amor, que es de fuego y de piedra,
que irrumpe solitario como un grito frenético
sobre la dulce paz de la tarde serena.

Desde la cumbre de mi corazón, envuelta ya
[también entre la niebla,
me embriago en el deleite del amor, única realidad de
[nuestro sueño.

Cuando el invierno extiende

XIX

Cuando el invierno extiende en la ventana
sus cabellos de agua,
tu recuerdo me incita
a concentrar mis juveniles ansias.

Sumergida en la noche de tus ojos,
qué lejos del invierno llegaría,
a cubierto de todos los paisajes
y de todos los signos.

He penetrado tanto tu corazón, que ignoro
cómo podrá la muerte
desandar algún día nuestros sueños.
¿Es que puede la alcoba, como un cráter
[pequeño,

contener la potencia de esta pasión, que viene
alumbrando los seres antes de la conciencia,
antes del tiempo, antes
del alma, como causa y principio del mundo?

Tu amor se me desborda por los cinco sentidos
y resguardar no puedo mi voz hasta alcanzarte.
Amado, ¡si estrecharas esta pasión que nubla mi
[pupila,
ahora, aquí, con el temor y el ímpetu
que amenaza en el fondo de lo circunstancial,
de lo que siendo humano linda con nuestra sangre
y nuestras ilusiones!

Amado, este vivir sometido al ahora
llueve sobre mi angustia
cuando la lluvia cierra los vastos horizontes,
y sólo entonces puedo advertir la flaqueza
con que el hombre levanta sus castillos azules
hacia una eternidad azul, definitiva,
ciñéndola, no obstante, a su propia esperanza.

Mas yo, con la pupila dilatada
por la razón, contemplo
el abismo que aguarda a nuestros pasos,
y recogida en medio de las venas, recorro
el limitado don de la continuidad.

La distancia también se confabula en contra
de este anhelar intenso, que juzgamos ilímite,
en el cual triunfaremos, con gloria sucesiva,
sólo por el impulso vital de nuestra savia.

Para salvar tu ausencia, que fluye por la alcoba,
tiendo hacia tu calor, el puente del recuerdo.

Más allá de la lluvia, en la prosa, lejana,
la ciudad tiene un gesto granítico que asombra.

La voz definitiva

"¡Pero no importa! Gire el mundo y dame,
dame tu amor, y muera yo en la ciencia
fútil, mientras besándote rodamos
por el espacio y una estrella se alza".

Vicente Aleixandre

Cuando un soplo intrahumano

XX

Cuando un soplo intrahumano generó mi
[existencia
tuviste un nuevo templo, Adán, sobre la tierra.
Con el nombre de amor te veneran los siglos.
Porque la luz implica la sombra, yo no temo
tu destino de barro:
tu impulso es la suprema negación de la muerte.

Con embriaguez de mar invades las arterias;
voz de mar, dios de espuma
en el reino del tacto y de la idea,
un ímpetu define mi actitud y mi esencia:
entre tus manos, agua; en tus sueños, estrella.

Porque tu soledad solicita a mi acento
vibro como una cuerda pulsada por tu anhelo,

en ofrenda sin término:
holocausto de rosa,
por el color, el néctar y el aroma.

Tu beso precipita los torrentes de alma
que fluyen por la sangre:
en el cáliz del beso la eternidad te espera.

El aliento vital que tu bondad infunde
es el mismo que llevas
desde el primero de los paraísos,
cuando la humanidad serpenteó en tu pupila
las pulpas agridulces,
que voluptuosamente,
con su contorno dúctil desafiaban tu sed.

Sumergido en el cauce vertical del instinto,
con voluntad y espíritu,
por el dolor abriste las sendas de tu reino,
y sembrando tu nombre perpetuaste la vida
sobre la redondez efectiva del mundo.

Tu genio pronto supo liberarse del sueño,
desconocer amarras, rebasar los linderos;
y con la misma diestra enternecida
que cumplió la caricia,
que descifró el enigma,
que cimentó la evolución constante,
¡te clavaste en el pecho siete puñales rojos,
y siete días fluyeron, sangrantes, de tu mano;
y su luz y su sombra, pesando en tu conciencia,
fragmentaron por siempre tu afán de eternidad!

Esfinge del recuerdo, en mi amor renovado
y ancestral, por nutrirse de fulgor y deseo,
tu amanecer enciende realidades palpables.
¡Adán omnipresente,
sobre la estirpe humana
tu voluntad impera con un signo de amor!

ENTRE MATERIA Y SUEÑO

Panamá, 1966

La hora desbordada

Alba interior

Él lo inundaba todo, como un clima apacible...
Su sonrisa hizo nido en los ramajes del alma.
La vida amaneció bajo sus ojos
con la germinación doliente
y temblorosa,
de todo lo que nace a una luz nueva.

Me esperaba en las tardes, al borde del silencio,
para dejar fluir músicas inauditas...
Las fuerzas de la tierra maduraban su beso
y en sus ojos de miel bogaba el imposible.

Por sus pies –simultáneas llamadas
a la ascensión y al éxtasis-
mi deseo subía hasta sus labios.

En el coro de todos mis acentos
sorprendía las voces subterráneas.
Escuché su palabra
en los cinco lenguajes de la carne,
y acogió mi ternura
con los brazos abiertos.

No tienen las estrellas ni los pájaros
el inefable cielo que conocí en sus brazos.

Cuando el sol y la brisa renuevan su presencia
me disperso en un claro vértigo de paisaje...
Y emerge, como un alba,
su nombre, que rebasa las orillas del canto.

Más que la vida

Tu mano de bondad palpa en mi mano
la dimensión espiritual del ansia.
Tu mano de pasión subraya el ritmo
de la palabra en espiral sedienta.
Eres más que los sueños, mucho más...

Me ciñes, vertical, en un abrazo
de espasmódica lumbre sumergida
que no inquiere perfiles al futuro,
y asciendo hasta tus labios
en primera persona singular.
Eres más que la sangre, mucho más...

Es tu presencia la que nutre el día,
la que enciende prodigios
en la atmósfera gris.
Transcurres al amar, como la brisa.
Eres más que la vida, mucho más...

La hora desbordada

Solidaria del polen, desvaría la tarde
-esa dorada ofrenda de tus ojos-
si es verdad tu caricia,
y si en acto de fe la vida usurpa
el papel de los éxtasis oníricos.

Gravitas sobre mí, desintegrándote...
-¡Oh aroma del instante que se otorga!-
Desemboca en mis labios tu llama transitiva.

Hora en creciente, casi vegetal en su dádiva,
en su arraigada sed sin intervalos,
poblándose de pájaros y de inspirados mitos.
¿Quién transfiere al mañana la imperiosa pregunta?

Humani sumus

Aunque en la grave pausa
el tiempo nos bifurque,
dame ese cielo en tránsito
que por tus labios fluye.

Culminará la vida
si en el supremo rapto
ceso. La eternidad
es la misión del mármol.

La dulce evidencia

Se ramifica el frenesí en tus dedos
predispuestos al viaje apasionado
sobre las aguas, que en silencio esperan...
O talvez, más efímero,
en impetuoso vuelo sin escalas,
tan lejos del dolor como de la esperanza,
porque en esta confluencia venturosa
besas hacia el adiós, sin recordarlo.

Recorres, vida adentro, las tangibles
regiones del espíritu, que oscila
-turbado péndulo- entre impulso y muerte.

Vertiginosamente
el mar gime y me arrastra,
girando en la ternura que derrama
tu amor, hecho evidencia.

Llama de luz y sangre

No hay residuos de noche bajo tu luz inmensa.
La secreta morada de la dicha,
que presagió enervantes panoramas,
renueva la parábola del beso.

Sé del aliento cálido que anima
tu corazón, rendido a la ternura;
el lenguaje esencial con que volcaste
el súbito fulgor en mis oídos;
la caricia inicial de aquella mano
que no es el barro inerte
ni el inasible sueño,
sino dulce materia apasionada:
el alfabeto táctil con que explora
el ciego amor, los suaves
contornos del misterio,
y el tembloroso pulso de la dicha
en la embriaguez creciente de la savia.

La inaudita avidez de la mirada
que reclama la miel,
al prodigarla,
y el desbordarse de la propia ofrenda
que nada espera,
sino el puro deleite
de hallar en su ascensión la mano abierta.

Sé de la fuerza clara
que inmola el gesto de la sed profunda;
que un día, en los eclipses del recuerdo,
se extraviará mi frase, huérfana de tu oído.

Llama de luz y sangre, en donde estés, escucha:
clausuraré las rutas de la sombra y el viento,
para guardar un eco de tu bondad ilímite
y para no perderte mientras viva.

El silencio doloroso

No auscultes el dolor de la distancia
cuando no nos es dada la elección,
cuando sólo un instante nos acoge;
cuando sabemos que para las lágrimas
ha de ser vasto el día
y la noche muy honda.

Amado que interrumpes
el cotidiano curso de la sangre
-tanto pesa el dolor, que paraliza-
no descubras mi incógnita agonía,
para evitar que el alma lacerada
se desplome a tus pies.

Elegías sin lágrimas

La voz ausente

Porque me siento sola
mi corazón camina a la intemperie.
Lejos, lejos estás, como los astros,
y en la leyenda que emprendimos, eres
una constelación en mi desvelo.

Recuerdo que una tarde
más hermosa que el cielo,
en un mundo imposible
fui novia entre tus brazos.

Estás en mí, tarde cautiva,
espejo
para mirar la faz de la alegría
al que dije un instante
como una reina ufana
en un cuento fugaz en que conté mi vida:

"Espejo del encanto,
respóndeme por Dios,
¿tiene alguien en el reino
más ventura que yo?"

Mientras la calle, ciega a nuestra música,
miraba el gesto sin oír el beso,
una rosa dorada sonreía en tus brazos:
la renovada gracia
con que asomaste el alma en mi camino.

Lejos estás, amor, como los astros,
y yo espero tu luz desde el silencio,
porque talvez me digas
con los labios colmados por una dicha cierta,
que no somos el rostro que sonríe,
ni la mano que forja,
ni el cerebro que vela,
ni siquiera la voz,
que nos refleja en cauces de armonía.

Que en las zonas ocultas del corazón, apenas
somos, talvez, ese anhelar secreto
con que el amor nos trunca o nos redime.

Lejos estás, amor, dame la mano,
dame la voz,
y dame
lo imposible.

Carta

Hoy presencié una tarde tan hermosa
como si tú vinieras a habitarla.
Los árboles subían a visitar los pájaros
y la cálida tierra sostenía
tantas casas inertes, tantos hombres cerrados,
que toda la belleza discurría sin pausa.
Era la transparencia del aire tan genuina
que parecía irreal.

Descendí lentamente hasta la noche
y te conduje al fondo de la música
(Claro de Luna en melodioso efluvio)
para amarte de nuevo.

La noche es evidente,
y esa música honda que la expresa
te expresa a ti, pastor
de las danzas oníricas.

Contra el paso habitual (en la penumbra el
[ímpetu
no espero una visión tangible, amado;
sólo un velado signo de que vibras,
lecho para el caudal de la nostalgia:
cuando me abandonaste
tus pupilas viajeras se llevaron el mundo.

Porque vives en mí te busco eternamente
y mi pregunta ahoga secretas elegías.
Con un adiós lanzado desde el aire
borraste el mundo y erigiste el sueño.

No es de humo la vida

Todas las estaciones abren surcos al sueño.
La soledad, como una tierra pródiga,
se fecundó en tus huellas.

No eres sólo el ardor con que florezco
en tránsito perenne hacia el vacío.
Lo mismo que una lágrima
brotas de las entrañas,
y decantado por los tejidos del espíritu
afluyes a los ojos,
transformas el paisaje,
y en los labios te frustras en un descenso amargo.

Vuelves, amor que fluyes inasible.
Culminó en tu caricia la madurez del hombre.
Pero el trémulo rictus de tu acento

nimba aún mi nostalgia,
y aquel niño sonriente de aventura
que, fugitivo de la voz austera,
asomaba a tus ojos,
me miraba con gozo irreverente
y retornaba en sombras al pasado.

En la urgencia del viento
no es de humo la vida que se arrastra:
aquí te amo, aquí te pienso, aquí transcurro,
aquí sufro tu ausencia.

Nocturno

Este diálogo nuestro
en que mi amor te llama
y mi sueño responde,
va llenando de formas
mi pupila vacía.

Mi existencia, anudada
a un pañuelo de llanto,
desata las espumas
y navega en voz baja
por el caudal oscuro del deseo.

Eres como un paisaje
acogedor, e inabarcable...
Quisiera que mis brazos tejieran tus orillas.
Quisiera...

Amor, cuando la noche
doblega mis espaldas
me acerco hasta tu corazón
íntimo y suave, como un secreto.

Caminas por mi insomnio,
el recinto habitual donde me esperas.
Me das la mano. Siempre
me tenderás la mano inagotable.

Por tus huellas, sembradas de futuro,
va la felicidad con raudo paso:
es tu sombra o tu luz o tu semilla.

Y en mis venas respondes
ya más sangre que idea,
mientras, asida del reloj, la noche
mide la superficie de las horas.

Sin olvido

No me reveles nunca
las lindes de esta espera.
Te he atesorado, al fin, en la nostalgia.
¡Qué lentitud en la empeñada búsqueda,
y qué raudo el ardor con que exhalaste
el insurgente amor que discurría
en lengua original
por el pleno auditorio de mis ansias!

¡Y esa honda alusión de tu mirada!...
Tu abrazo, (era el adiós, era la ofrenda)
condujo y clausuró la estación de la sangre.

No me descubras nunca
la marmórea promesa del olvido;
la cifra congelada,

la única orilla de este viaje incierto.
Esparzo en tu añoranza todo el polen del día,
la vocación del néctar en su nivel primario.

Y no, no me señales
el confín de esta voz con que te nombro.
Diluida en tu ausencia voy fluyendo
-espuma acaso, o sombra en los cristales-
Cumplo el amor para cumplir la vida
Y soy feliz en ti, porque te amo.

El recuerdo encendido

Como una noche,
a tumbos,
la ternura caía
precipitada
por todos los declives de la carne.
Y en propensión lunar, morosamente,
redescubriendo el cosmos, divagaba...

En tu emoción giraban las ciudades;
resonaban las hélices del tiempo.

¡Oh navegante de las aguas dulces,
viajero de las rutas celestiales,
pasajero en las minas inexhaustas
que el amor atesora!

¿Cuánto hace de aquel sol
que descubrió los íntimos paisajes?
En las tardes doradas, lentamente,
buscándote,
mis ojos te improvisan; te inventan; sin embargo...

¡Es que la soledad pesa y empaña!...
Ya todos los sentidos
te conjugan en tiempo de nostalgia.

Bajo tu voz de medulares ondas
el corazón no supo
alcanzar las orillas.

¿No me sientes andar por tu memoria,
-tacto mortal que alienta la promesa encendida-?

Sangre o llanto en las venas, más que la soledad
me duele tu silencio.
La distancia segó tus caudalosas manos
donde los besos míos
hicieron el camino del amor sin retorno.

Pero yo te retengo nimbado de dulzura,
cifra abierta al mañana,
vivero de recuerdos.

En tu adiós sin medida me dejaste
algo que no se pudo desprender de mis brazos.

Alimentas mi voz,
generosa presencia,
y estás conmigo en este
descenso
inacabable.

Claroscuro de la voz materna

A Élide Ricord, mi hija

Destino filial

Creció mi corazón con tu presencia
al acunarte en maternal anhelo:
un ala de ilusión para mi cielo,
y una raíz de terrenal potencia.

Chispa de la entrañable confidencia,
con nuevo aliento para el propio vuelo.
Segura gracia contra todo duelo,
germen de sol para la inteligencia.

La vocación de luz de tu mirada
derrama el día en mis absortas manos,
rige el itinerario de mi estrella.

Un mensaje de néctares humanos
alimenta tu sangre, destinada
a redimir mi fugitiva huella.

En el advenimiento de la hija

Una copa de sol bebí para alumbrarte.
Tu amanecer colmó
los suspiros profundos de la sangre.

Para mi mano impenitente,
ávida de los brillos y los néctares,
tu corazón naciente es un canto inasible;
y mis débiles brazos, por sostenerte invocan
la creadora potencia de los ritos humanos.

Flor de mis sueños terrenales,
de los grávidos sueños al beso vislumbrados;
estrella de ese amor que desborda la vida
y en sus mieles más hondas se estremece de muerte;
a tu primera voz-¿lloro o canto?- la tierra
para el coro vital acogió mi semilla.

Yo atesoré, sonámbula, la vida
en sus inexorables marejadas;
y capturé ese cielo tangente, cuyos ojos
me llamaban y huían como doradas alas.
Hoy tus manos esperan,
y mi acento tiembla, gracia de amor,
porque la siembra debe seguir, más pura,
y sólo cuento
con la porción de luz que recojo en el mundo
y esa creciente sombra que proyectan mis pasos.

La alegoría de albores y tinieblas
en que giramos interinamente
arriba a su verdad, porque llegaste.
Ya no serás tan sólo la estrella imaginaria
para alzar la pupila desde el polvo.
La superficie frágil de los mapas
no cubre los recónditos caminos
abiertos al presente.

Visión tangible apenas,
casi incierta,
como una dicha grande en demasía
que miramos de lejos,
y que de pronto irrumpe y nos absorbe
con tanta realidad que no podemos creerla.
Ceñida red para abstraer las horas
del vórtice gimiente que me arrastra:
tienes la persuasión de los pétalos tiernos
en la áspera corteza que me cubre.

(En la tensión nocturna, ya sin pausa,
la madre cumple el emotivo ciclo;
una lira en desvelo, sacudida
por la garra plural del sobresalto.
Pleno el fervor en la vigilia plena,
por las ojeras, pálidos resquicios,
el doblegado músculo conjura
la vocación insomne del aroma.)

Voz de la madre desvelada

¿Se habrá dormido sin arrullos
o no despierta aún a la vida?
Cuando sus ojos soliciten
los panoramas interiores,
¿qué puerta habrá de responderle?

Por las riberas del recuerdo
va desfilando la existencia,
múltiple y varia como un coro
de cotidianos espejismos,
y de fracasos asfixiados
en las murallas del silencio.

Si por las tácitas hogueras
que alimentó la fantasía,
alguien pregunta en esta noche,
¿qué contará la inteligencia?
¿Podrá el sosiego levantarse
de las innúmeras caídas?

¿De los deseos que se frustraron,
de las palabras hechizadas,
y sobre todo del torrente
que desde fuera nos acecha?

En este imperio de dos fases,
de hambres desviadas hacia el cielo,
de ángeles raudos, fabricados
en los talleres del suplicio
para volcar desde los aires
el credo vil del exterminio,
¿bajo qué luna en desconcierto
irán los novios a sus citas?

En este reino de las piras,
hombres y libros inmolados
por la barbarie, que aún conserva
azules ojos de racismo
y largas uñas de codicia,
¿qué magisterio dará cauce
a la esperanza de los niños?

En el umbrátil escenario
sólo el amor muestra el semblante:
cálidos labios para el beso,
frente turbada en la amargura,
puños arriba en solidaria
liberación de los hermanos,
violento ardor de Prometeo
para el fecundo sacrificio,
y voz que sale como un hijo
resquebrajando las entrañas.

(En el amor, alba perenne,
la madre encuentra la esperanza).

Al arribo del alba

Debo sellar los labios al gemido,
que no lacta con lágrimas la madre.
Para este nombre diferente al otro
que generosamente nos legaron,
es preciso subir como los árboles,
hundir las plantas en el duro suelo,
poblar de trinos la inspirada frente
y desgarrarse al desprender los frutos.
Cual abnegado acorde,
con el hijo alumbramos y miramos crecer
este nombre de madre:
son dos frutos gemelos.

¿Cómo lograr la ecuánime estatura
con el ritmo febril que me estremece?
Todas las formas que el amor asume
saturan mis arterias:
desde el miedo pueril, hasta el delirio;
de la felicidad hasta la pena.
Y este deseo de hermandad que busco
con lámpara insurgente

en el barro mortal, ha tantos siglos.
Purgatorios, infiernos, paraísos,
-frutos alternos de la madre tierra-
cumplen las estaciones de mi sangre.

Pero es tan pura y dulce la confianza
con que duermes ahora en mi regazo,
en mi vana impotencia, en mi penumbra,
que para acariciarte debo filtrar el alma.

En la infancia libaba cada día
veinticuatro horas de bondad materna,
y esta audacia con que hoy desgajo el tiempo
disfraza la nostalgia.

Mi voz aún no alcanza las mieles naturales
con que otra voz más alta despertaba mi oído,
y trémula repito sus canciones de cuna
para no lastimar tus capullos sedeños.

Diminuto nectario reclinado en mi pecho,
tu don es la ternura
con que te ofrendas
desde antes de la fe, como el aroma.

Naces de mí tan clara, que imagino
que fulgurabas dentro de la savia
desde el presentimiento.

Corola tenue,
indefinida aún entre materia y sueño,
que mi aliento no dañe tu delicada espera.

Que logre tu pupila acopiar las auroras
y las noches contiguas,
y que a la sed fraterna
riegues el corazón, bifurcado en las manos.
El corazón se ahoga cuando cierra
las compuertas al mundo.

Acoja tu caudal mi linfa sensitiva.
Reverdezca tu lumbre
en la recia espiral con que el prójimo asciende.

Depurando la voz,
ya en tu ser prolongada te digo en la más simple
entrega maternal,
que amo, luego existo;
que la vida no es sueño, que es amor.

POEMAS DISPERSOS

Sendas al alma

Hoy sonrío a tu lado, cuando todos los cielos
purifican su fondo por vestirse de estrellas,
y tu amor se hace besos
en mi boca sedienta.

Tu cariño tan dulce, mi ansiedad de caricias;
una fuga de sombras es la noche tranquila.
¡Qué emociones azules al calor de tu pecho
si la vida nos canta su alegría de fuego!

Quiero oír tu palabra. Y tu voz armoniosa
que duplica el encanto de este raro silencio
vibrará más sonora cuando todas las cosas
se nos vayan borrando por la gracia del tiempo.

Tú que ves en mis ojos florecer la ternura
de un amor infinito, tú que tanto me amas,
santifica tus sueños, que esta noche de luna
serán tuyas las sendas que conducen al alma.

1945

* *Tomado del anuario de 1946 de la Normal J. D. Arosemena*

Sueño invernal

Esta tarde me siento tan sombría,
tan invernal, tan densa,
que sobre el rostro claro del verano
pongo el breve lunar de mi existencia.

Subo la escala del dolor: soy humo
del mismo fuego que abrasó mi alma.

A mi contacto gris, el sol escribe
sobre la tarde sus palabras últimas
y se envuelve en sus clámides etéreas.

Se acentúa la sombra de este sueño
invernal, y se nubla el pensamiento.

La tristeza del cielo se licúa
en la tierra febril, que abre los brazos.
La noche se cobija debajo de los árboles
y mendiga migajas de luz a las luciérnagas.

¿Dónde estará mi alma, que anhelaba
embriagar con su néctar nuestras horas amargas?
Vagamente recuerdo
aquella magia rosa que la henchía.
Tú siempre la llamaste
Temblor de mariposa junto a la llama viva
de nuestra adolescencia.
Húmeda o ardorosa, fue corola
de luz, en las tinieblas.

Y cuando amaneció mi corazón
maduraron de amor todos los frutos,
y floreció tu voz, principio verdadero
de nuestra comunión íntima y plena,
que, al igual que la fuente,
más que por el azul de sus cristales,
vale por su canción.

Mas no quiero mirar en ese espejo
helado, de aguas muertas,
que se llama el recuerdo.
El amor y la vida transcurren en el tiempo,
o talvez no transcurren,

pero, como la mar, se agitan, ebrios,
languidecen y surgen.
¿A qué petrificar en un recuerdo
aquel dulce pasado
que fluía, sin rumbo definido?

El tiempo es el invento más hermoso.
Si no existiera, entonces, ¿cuál sería
el deleite del beso?
La savia de los árboles, la sangre de los hombres
y el amor, vivifican porque fluyen.

Densa, invernal, sombría
- en medio de la tarde –
privada de la fuerza
de sentir, paralizo
con la palabra inerte la tremulante idea.
Y sobre el rostro claro del verano,
estática y vacía pongo el breve lunar de mi existencia.

1948

Llamada a Rubén Darío

Rubén Darío, voz de las cuatro estaciones,
secular resplandeces,
caminando los siglos; resistiendo a los hombres.

La claridad de Apolo y el delirio de Baco
y la rebelde lanza de Quijote
perfilan tu nostalgia de indio americano.

Rubén Darío, devuelve
a la sagrada selva, la armonía
mientras los hombres luchan por la equidad humana.

Y resuene en esta hora tu combativa voz
por la América nuestra,
que tiene sangre indígena y aún habla en español.

Madrid, 1967
Publicado en la revista del
Seminario – Archivo Rubén Darío

A mi madre

Madre: esa aureola de cabellos canos
corona tu abnegada resistencia,
que no agota el caudal de la paciencia
ni se rinde al cansancio de las manos.

El amor de tus actos cotidianos
hoy, como ayer, nos llama a tu presencia.
¿Cómo exaltar el bien de tu existencia
en el lenguaje infiel de los humanos?

Para expresar, hermosa madre mía,
la virtud de tus dones singulares,
hoy falta la celeste melodía

paterna, que entre cuerdas y cantares,
de aquella flauta mágica fluía
en las dulces veladas familiares.

1983

Padre ABC

Tenías fuentes de música en las venas
y nos la prodigabas cada noche
como un hechizo dulce,
modulada por varios instrumentos.

Dominabas los números
con la virtud de un mago,
y tu veneración por la palabra
alertó la expresión de nuestra infancia.

A espaldas tuyas,
en ti fundamos
con tierna percepción filial,
la imagen varonil que juzgamos exacta.
Y tu único defecto
fue que siempre olvidaste
testar en favor nuestro
las cualidades que admiramos.

A veces la guitarra de un sobrino,
o la flauta de otro,
acompasando el sueño de un pasillo lejano,
despiertan la nostalgia.
Las cuerdas vibran en la memoria,
y el instrumento eólico
penetra el corazón
agudamente.

Entonces una gran melancolía
se estaciona en mi espíritu
y empiezo a hablar de ti con mis hermanas.

Pero todos los niños de la casa
nos dicen: El orgullo
de la familia,
y por ninguna parte quedó nada.

. . .

Padre, te damos gracias
por el tesoro de los ejemplos
que cotidianamente nos brindabas;
tu pasión cardinal de cada hora,

tu amor a la verdad y la justicia,
tu fortaleza ante los infortunios,
tu dignidad sin precio,
el antidogmatismo de tu razonamiento,
tu solidaridad humana,
el espacio que siempre reservaste
a la mujer
previo a toda campaña;
tu admiración ferviente
por los altos valores culturales.

Gracias porque nos diste la vida
con tu amor infinito, que para sustentarnos
recargó, sin medida, tu trabajo.
Y gracias, padre, porque sembraste
con vital emoción, nuestro asombro
por la luz y la música del mundo que habitamos.

1977

Olga

para mi hermana

En la unánime espera, se levanta
un prodigio de notas. ¡Quién pudiera
traducir esa voz de primavera
a un lenguaje con alas! Olga canta.

Cuando pulsa las cuerdas, su garganta
tiembla como el rocío en la pradera.
Entre todas las voces, la primera;
tiene una gracia natural que encanta.

Mientras su mente, por la luz dotada,
con los números juega, como un hada
que va sumando las constelaciones,

su rostro, digno del pincel, sonríe;
y su palabra y corazón deslíe
para brindarnos su alma en las canciones.

1984

Palabras a mi madre

Madre: terminó el sonido de tu voz dulce,
cada día más tenue,
pero no tu palabra.

No era que te creyéramos eterna,
pero sí pensábamos,
con filial egoísmo,
que te sobrepondrías al tiempo
como sobreviviste
a algunos de tus hijos,
con más dolor callado que vida manifiesta.

Porque Ruth te cuidaba
con más ternura que si fueras
de porcelana.

Los años agobiaban tu cuerpo,
antes flexible, ahora tan frágil,
pero tú eras de amor.

El amor mantenía tu lucidez mental
y ahora llena
de preciosos recuerdos
la silla vacía.

2000

Lejana infancia

Una familia numerosa, unida,
extravertida y musical.
Siempre pude confiar en su justo criterio.

Los recuerdos soleados vacacionan
por la plaza y las calles hacia el cerro,
o a las áreas frutales,
con mis hermanos, guías puerta afuera.
Una ciudad abierta,
bien trazada y sin riesgos.

Cada uno aportaba una sonrisa,
inventaba algún juego
o brindaba una fruta inesperada.

El viento del verano, corredor invicto,
jugaba en nuestro equipo, desafiando al calor.

A orillas de la mesa, toda la compostura.

Nunca encontré en la vida
una sazón como la incomparable
del amor maternal.

Las noches eran tramos de música y poesía;
nuestro padre asumía la batuta invisible:
cada nota, precisa; cada sílaba, exacta.

El viento sur, un día atravesó la estancia
y comenzó
nuestro
racimo
a
desgajarse.

2001

A la madre de un mártir

(*A Eduardo Santos Blanco*)

¡Un pañuelo a la madre! Dadle un pañuelo
[blanco,
que el llanto de una madre puede anegar el mundo.
Sólo quien es mujer y quien es madre
podrá asomarse a tu desgarramiento .

Mujer que reconoces el cadáver de tu hijo,
recoge de él su aliento para que no sucumba:
ese aliento de lucha que superó al instinto
al desangrar la vida por todos los que sufren.

Tú, que eres invencible, e inmortal, por fecunda,
llora sobre sus ojos inmolados
y clava en tu retina la razón de su muerte.

Vacía toda tu angustia, madre, porque algún día
te pedirá la vida un corazón enorme
para el valor supremo.

Tu vientre , que ha alumbrado la humanidad, no
[cumple
un castigo, comprende; cumple un adiestramiento.
Tus brazos, que acunaron al niño tiernamente,
hoy se endurecen y alzan el cadáver del hijo.
Ni en la naturaleza, ni en lo que el hombre ha creado,
hay una fuerza viva comparable a tus brazos;
suaves, y a la vez férreos, y devotos, y enérgicos,
a través de los siglos se han hecho omnipotentes;
las mujeres de Esparta te miran asombradas.

Todo el dolor humano, como a un mar, va a tu
[pecho;
la angustia de las clases explotadas,
el dolor de las razas sometidas,
el terror de las víctimas de las inquisiciones
se aprietan en tu pecho;
y tu pecho lactando, fuente inexhausta, madre,
te derramas de amor para salvar la especie.

Madre: ¡qué singular transmutación ejerce
la historia sobre ti!
por un fusil habrás de trocar tu pañuelo,
y tu canción de cuna por un himno guerrero.
Solo tú que conoces lo que es el amor pleno,
solo tú eres capaz de ese gran crecimiento.

¡Qué indefinible esfuerzo desplegarás un día
para guardar la nota de tu canción de cuna;
para dejar un tiempo las rosas de Afrodita, su belleza y
[su aroma,
por el sudor y el grito del amor colectivo.

Madre, el ser más perfecto de la naturaleza,
tus brazos harán falta para librar al hombre.
Dale desde tu seno, con la vida, el arrojo;
y en la miel de tus besos, la fuerza que precisa.

¡Un pañuelo a la madre del mártir, un pañuelo
cuya inútil blancura, propicia para el llanto,
se encenderá al contacto con la sangre del héroe
y será una bandera
en las manos inmensas de otros hijos del pueblo!

1959

A los héroes panameños

Mártires de mi patria, compañeros
que enfrentasteis el pecho a la metralla,
maduros de valor, como maduran
los niños pobres, ¡ay! desde la infancia:
en vuestras manos firmes, la bandera
era una nueva llama de esperanza,
del amor a la tierra y al idioma,
del derecho a la paz, y sobre todo
a la equidad en nuestro noble suelo.

¿Quién ha osado segar este prodigio
de corazones jóvenes, colmados
por más de medio siglo de injusticia,
vivas antenas que captar sabían
los acentos más hondos de la patria?
¿Quién responde con pólvora a las notas

de nuestro Himno Nacional, quién pudo
infestar nuestra atmósfera de gases,
qué soberbia ancestral mueve esas manos
que destrozan así nuestra bandera?
¿Por qué regáis la muerte en nuestro suelo,
desleales inquilinos zoneítas?

No descendéis de Washington, de Lincoln;
vuestra mano no es mano libertaria;
es la mano esclavista, que asesina,
la que codicia, la que ruge armada
por tierra y mar y cielo. Vuestros pasos
siembran la indignación en nuestro Istmo.
Por vuestros labios hablan solamente
los Teodoros, los Truman, los MacCarthy,
y vuestros corazones no conocen
la esencial hermandad de los humanos.

Mártires panameños, inmolados
en pleno florecer, llamas enhiestas
que un vaho de impiedad ha derribado
al amparo cobarde de los tanques.

Mártires panameños, niños hombres
que el hogar y la escuela modelaban,
frentes ya para siempre reclinadas
con el gesto rendido de la muerte:
¡cómo mirar con ojos apacibles
el silencio cuajado en vuestros labios!

¿Quién mirará sin estremecimiento
el rostro de dolor de vuestras madres?
¿Tiene la patria alguna recompensa
comparable a la vida de los hijos?
¿Acaso el llanto unánime del pueblo,
la protesta del mundo, el grito airado,
llenarán esa ausencia, esa honda herida
que nunca cicatriza: un hijo muerto,
y aquel rincón del alma en que la madre
sigue acunando, aunque en secreto, al hijo?

La sangre de los héroes no es estéril:
es río desbordado que fecunda
con dolor, las entrañas de los pueblos.
Rosa Elena Landecho -trece años-

del maternal regazo desprendida,
te ha acogido el regazo de la historia.
José del Cid, Ascanio Arosemena,
estudiantes, obreros, no habéis muerto:
crecéis en la Avenida de los Mártires
como banderas vivas de la Patria.

Los héroes no yacen en la tumba:
remueven la conciencia de los pueblos.

11 de enero de 1964